

FORMACIÓN E INFORMACIÓN

Por ANTONIO DE QUEROL LOMBARDEO

Introducción

Proceso de integración social

El individuo por el hecho de nacer no está integrado en la sociedad, sino que nace con las facultades que le posibilitan para ello. Es decir, que su integración en la sociedad se da a lo largo de un proceso —que, a decir verdad, no cesa durante toda su vida— en el que se requiere una esforzada adaptación por parte del individuo y unos mecanismos de recepción y acople por parte de la sociedad. En tanto fallan alguno de los dos, la socialización del individuo se hace heredera de esos fallos. Así, si el mecanismo de recepción de nuevos miembros de la sociedad está basado en la familia, y particularmente en las relaciones de intimidad física con la madre, a igualdad de condiciones, el niño, socializado en dependencias de tipo masificado como un hospicio, podrá quedar imperfectamente socializado —lo que estadísticamente ocurre con muy alta frecuencia—. Por otra parte, si el niño por cualquier circunstancia, la mayoría de las veces por mera debilidad física, no realiza el esfuerzo necesario, su integración en la sociedad puede adolecer de graves deficiencias que le duren toda su vida.

Vemos, pues, que la incorporación del individuo no ya a una sociedad determinada, sino al grupo humano, se puede hacer —y, de hecho, se hace— por diferentes vías. No es lo mismo ser abandonado en un hospicio

que criarse en el seno de una familia; pero tampoco es lo mismo si esta familia pertenece a la clase acomodada que si está agobiada por la pobreza; si los padres están bien avenidos y reina un ambiente de tranquilidad, que si el padre es un alcohólico, las riñas son continuas y la madre está todo el día fuera de casa.

La integración en una determinada sociedad se hace primordialmente por la adquisición del lenguaje. A través de él se nos hará significativo todo el mundo social de nuestro entorno. Pero ese mundo social no es de por sí independiente del lenguaje, pues éste se compone de palabras que se refieren a algunos elementos objetivos difíciles de sortear (agua, piedra...). En la aprehensión del mundo tiene mucho que ver el instrumento con el que se lleva a cabo. No se comprende ni se describe el mundo igual en español que en chino. En cambio, es condición necesaria aprender el chino para ver el mundo como él. Es decir, que es el idioma quien primariamente nos pone en condición de ser chino o español.

Hay, pues, una diferencia esencial en estas dos fases del proceso de socialización. El hecho del nacimiento dentro de una determinada familia es algo diferenciador para el individuo; a partir de él, el proceso tiene unas características definidas: si se nace en una familia pobre, muchas de las adquisiciones sociales de otros nacidos en las clases altas o medias no van a tener lugar nunca; o requerirán para obtenerlas un esfuerzo tremendo por parte del ciudadano que muy pocos serán capaces de desarrollar. En cambio, el lenguaje es un elemento igualador. Evidentemente, hay diferencias en el uso del lenguaje entre individuos de diferentes clases, pero son mínimas; incluso hoy, con los medios de comunicación de masas, prácticamente inexistentes (las diferencias que se pueden apreciar son debidas principalmente a la especialización: un «macarra» no entiende el lenguaje de un ingeniero, pero éste tampoco entiende el de aquél).

Dentro de este orden de ideas, a lo largo del proceso integrador en la sociedad existen fases que socializan al individuo de una manera diferenciada y otras que lo hacen de una manera igualitaria. Entre las primeras tenemos la familia, como ya hemos dicho, el trabajo, las actividades dentro del marco del grupo social inmediato, como asociaciones, clubs, folclore local, festividades locales, etc., y los partidos políticos. Entre las segundas, la escuela, el servicio militar y, en el caso de existir una iglesia nacional predominante como ocurre en España con la católica, la religión. La educación tiene tendencias igualitarias en cuanto es gratuita y obligatoria, tal como ocurre en la fase de escuela; en tanto no se dan estos requisitos;

la educación es una fase socialmente diferenciadora en sus etapas de colegio y, sobre todo, de universidad.

Se podría decir a *grosso modo* que las fases socializadoras con tendencia a la igualdad actúan en un sentido positivo e inmediato en el proceso de identificación del individuo con la sociedad a la que pertenece; y que las que poseen tendencias diferenciadoras actúan de manera, si no negativa, sí la mayoría de las veces disgregadora. Es evidente que —caso extremo— un joven de la clase más baja de la sociedad, sin otros estudios que los obligatorios, que vive en un barrio pobre en donde es habitual la delincuencia y está sin trabajo, difícilmente puede sentirse identificado y solidario con la sociedad nacional.

En este estudio, por tanto, intentamos analizar cómo se pueden reforzar las fases socializadoras con tendencias igualitarias y cómo se pueden paliar los efectos disgregadores de las fases socializadoras con tendencias diferenciadoras.

Fase de perfeccionamiento de la socialización: información

Se ha dicho que Robinson Crusoe, solitario en su isla, no vivía en realidad fuera de la sociedad, puesto que la sociedad era ya un elemento de su propia persona: era capaz de hacer una canoa, leer la Biblia, cultivar los campos o hablar consigo mismo. El proceso de socialización une al hombre con su comunidad para siempre; solamente en el caso de *niño-lobo*, o niño apartado de la sociedad antes de este proceso, puede decirse que vive fuera de cualquier comunidad; en realidad, ya no se trata de un ser humano, pues al no tener —o fracasar, como en otros casos patológicos— proceso de socialización en realidad ha carecido de proceso de humanización.

Sin embargo, Robinson Crusoe, tras estar solo en su isla treinta y cinco años, no estaba unido a la sociedad de esta época, sino, anacronismo viviente, a la sociedad ya ida de hace treinta y cinco años. Y si en los principios del siglo XVIII la sociedad tenía un *tempo lento* en el ritmo del cambio, actualmente este ritmo posee tal aceleración como para dejar atónito a un Robinson Crusoe de nuestra época, recién devuelto a la civilización. De todas formas, tampoco se debe exagerar el alcance de este cambio social en el tiempo, pues si bien un Robinson actual se quedaría atónito, muy pronto sería un experto en manejar un ordenador personal y un adicto al vídeo y la televisión. Sólo necesitaría el tiempo suficiente para que la nueva información le llegara, la comprendiera y adquiriera los hábitos adecuados a su uso.

La información, pues, es el principal elemento que, dentro de la evolución temporal, mantiene unido al individuo con su sociedad.

Ahora bien, la cantidad de información que constantemente están recibiendo los individuos es difícilmente apreciable o al menos tipificable para su estudio. El vivir es casi por definición recibir y dar información. Sin embargo, en las sociedades modernas la información se ha como institucionalizado en determinados canales que, aunque no representan ni con mucho el inmenso flujo de información que sin cesar se produce entre los individuos, son lo suficientemente representativos como para tipificarla. Nos referimos, claro está, a libros, prensa, cine, radio y televisión.

El que esta información esté institucionalizada le hace adquirir tres características. La primera es que la información ya no se da de individuo a individuo, sino de la sociedad al individuo: por mucho que los libros o los artículos de los periódicos estén firmados, o en la televisión salga la imagen y se escuche la voz de personas cuyo nombre y apellidos conocemos, la información queda despersonalizada considerablemente. La segunda es que la información deja de ser una masa caótica de noticias para adquirir una estructura ordenada donde las noticias no relevantes son desechadas y la redundancia es reducida o convenientemente dosificada a efectos memorísticos. Por último, esta institucionalización de la información hace muy difícil cuando no imposible que el individuo sea agente activo de la información: muy pocos son los individuos de una comunidad capaces de escribir un libro y menos los capaces de conseguir que éste sea editado y leído; y en cuanto a los otros medios, prensa, televisión, etc., son un coto cerrado de profesionales que ejercen una función social —cuando no estatal—.

Estas tres características da a la información institucionalizada una considerable carga de prestigio social que dejan al individuo indefenso ante ella, y consiguen no ya que sea una información de la sociedad al individuo, sino de la humanidad al individuo o hasta de la verdad divina al individuo. Esto, unido a que aunque esta información esté aparentemente despersonalizada pero no realmente, puesto que son determinadas personas quienes la hacen, permite la manipulación de los individuos a través de la información institucionalizada, hasta límites que éste se guarda mucho de dejarnos ver. Ella misma se denomina el «cuarto poder», cuando en realidad es el primer o, mejor dicho, el único poder —o el único medio eficaz del poder—.

Esto es así, y todas las lamentaciones no harán nada por evitarlo. Incluso cualquier restricción no hará más que aumentar su poder, al hacer todavía

más difícil las oportunidades de acceso del individuo a la actividad de esta información.

Contra los excesos de la libertad de prensa no hay más medicina que más libertad de prensa; es decir, conseguir facilidades para que el individuo corriente pueda ser sujeto activo de ella, y para que la misma sociedad, a través de los individuos, pueda librarse del monopolio de los «profesionales».

Sin embargo, aún en las condiciones actuales la información es solamente un medio. El uso que se haga de ese medio dará la medida de su bondad o maldad. Es verdad que, por la naturaleza de las cosas, la información tenderá a ponerse al servicio de intereses particulares; pero incluso estos intereses particulares pueden coincidir, y coinciden muchas veces, con el interés de la comunidad.

La información institucionalizada es el más poderoso medio con que cuenta una sociedad para mantener identificado al individuo con su comunidad. Eso es un gran logro en comunidades sanas y sin fisuras. Pero en sociedades que adolezcan de descomposición, es el medio más eficaz y rápido para que una comunidad particular logre cohesionarse en perjuicio de la comunidad general, y segregarse de ella.

En las páginas siguientes se estudiará este fenómeno en el caso de la comunidad española, el estado actual de la cuestión, los peligros que amenazan y las soluciones que se apuntan.

Formación

Familia

Ya se ha dicho que la familia quizá sea la institución social más importante en el proceso de integración social, por lo que ha de ser, asimismo, el más importante mecanismo por el que el individuo llega a identificarse o a rechazar los modos y valores de la nación. En el caso de España, esta última alternativa de rechazo, raramente ocurre como consecuencia de la vida familiar exclusivamente; en todo caso se da en cuanto la familia vive en un intenso ambiente regionalista-separatista, pertenece a una religión minoritaria o a un partido extremo que preconice el internacionalismo. Y aún así, la familia como tal, más tiende a disminuir este efecto que a sostenerlo o aumentarlo, puesto que ella tiene unas características constantes en toda la geografía, en todas las clases e, incluso, dentro de la total libertad religiosa, dentro de todas las iglesias. Todo lo que son costumbres primarias, como el comer, vestir o de convivencia (lo que antes se llamaba de buena educación) se transmiten en las familias españolas de una forma común

que, aunque admite variaciones, éstas de hecho son mínimas entre las clase más alta y la más baja, o entre Cádiz y La Coruña.

Por otra parte, la familia no sólo es una red de relaciones interiores sino también exteriores, y el mejor mecanismo para interrelacionar éstas. Las familias de una familia, tales como las de segundo o tercer grado; la familia política de elementos de la familia; conocidos de la familia y familiares de conocidos, etc., forman un mundo que salta sobre la geografía, sobre los ambientes, profesiones o clases y que configuran la más elemental, pero también la más fuerte contextura de la trabazón social. Como primer mecanismo relacional del individuo, la familia le pone en relación con casi todo lo demás, personas, religión, región, trabajo, etc.

Por tanto, podemos concluir que, en España, la familia facilita el proceso de identificación nacional, y le da bastante estabilidad una vez terminado.

Hay indicios que la familia se va transformando, y hasta que se está transformando rápidamente, pero todavía es pronto para analizar la influencia que esta transformación va a tener sobre la identificación nacional. Por el hecho mismo del cambio y de la variabilidad que, mientras dura, forzosamente acarrea (aparte de que estos cambios parecen ir dirigidos a disminuir el papel socializador de la familia) se puede anticipar que tal influencia va a ser negativa.

Religión

Aunque la práctica de la religión haya quedado en la mayoría de la población reducida a muy poca cosa, y que incluso los practicantes han perdido casi todo el entusiasmo público que no hace mucho tiempo informaba la vida de los católicos, el hecho es que, ritos casi folclóricos para muchos (bautismos, primeras comuniones y bodas) o fervor para otros, la población española no está dividida en absoluto por motivos religiosos. Tampoco es un mecanismo de unión, como puede ser en Irlanda en secular lucha de independencia con el gran vecino protestante, o la Iglesia Anglicana en éste, con exclusivas características nacionales. Sin embargo, por ser la Iglesia Católica internacionalista por definición, más bien favorece los regionalismos que un sentido nacional fuerte.

Particularmente en España, las instituciones eclesiales en regiones con tendencias separatistas (Cataluña y País Vasco) han favorecido y siguen favoreciendo claramente estas tendencias, incluso, en algunos casos, con marcada beligerancia.

Educación institucionalizada

El sistema Educación General Básica (EGB) obligatoria y gratuita, sobre todo, como en nuestro caso, con centros públicos para toda la población escolar, es un factor muy positivo respecto a la formación de la identidad nacional.

El Bachiller (BUP), en la práctica es gratuito en los centros públicos —pago de una pequeña cantidad anual como «matrícula»— pero no es obligatorio. De hecho, el que los individuos no completen estos estudios se debe a otras cuestiones diferentes a las económicas, exceptuando los casos de extrema pobreza en el que los hijos han de empezar a trabajar al terminar EGB. Sea como sea, éste es un primer hecho diferenciador en la vida del individuo: la educación, conocimientos y *status* social sufren aquí una fuerte orientación que los va a diferenciar toda la vida.

La educación universitaria lo único que hace es prolongar y ampliar esa diferencia. Sin embargo, habiéndose superado hasta cierto punto, el abismo entre la gran masa analfabeta y la minoría culta y el hecho de no poder achacar exclusivamente a motivos económicos (a veces muy poco apreciables a simple vista) entre un individuo con el mínimo de estudios, relativamente mínimos, pues la EGB dura ocho años, y un universitario, y debido al efecto positivo para la identificación nacional de la educación escolar, el efecto, en general, es positivo.

Como en la familia, el hecho de que esta educación se imparta en las regiones dentro de un ambiente emocionalmente diferenciador del resto de España, en un idioma regional y con un profesorado preferentemente oriundo de la región, hace que en ciertas zonas de España la educación tiene efectos negativos sobre la identidad nacional. Pero, repetimos, tal efecto no es achacable a las propias características del sistema educativo, sino a la existencia de esos regionalismos exacerbados.

Trabajo

Es un factor muy positivo en este proceso de formación de la identidad nacional que estamos tratando. Dejando aparte el descontento de masa de población por motivos laborales, en general se puede decir que el sistema económico nacional y las interrelaciones económicas entre todos los individuos, por la amenaza que supone para los intereses del conjunto y de cada uno de los individuos las naciones extranjeras como entes económicos capaz de hacerles la competencia, es uno de los más positivos factores de afirmación nacional.

Ni siquiera las economías regionales de zonas con tendencias separatistas se han vuelto nunca sobre sí mismas buscando en este campo la diferenciación y autosuficiencia, pues el resto del territorio nacional es un mercado abierto a sus productos, y condición de la existencia de sus puestos de trabajo. Por ejemplo, la potente industria editorial barcelonesa por mucho que sus trabajadores hablen catalán, nunca podrán estar en contra del idioma español, para cuyos trescientos millones de hispanoparlantes trabajan y a los que deben sus puestos de trabajo.

Servicio militar

Factor claramente positivo por lo igualitario de la obligación a todos los varones de la Nación, y por la índole de la obligación. Las experiencias del servicio militar, parecidas para la mayoría de los jóvenes, el conocimiento de otras partes de la geografía, de compañeros de otras regiones, clases sociales, y diferente grado de educación es en sí positivo. En cuanto a la índole de la obligación, la defensa de España, es tan claramente positiva que no merece más comentario.

Sociedad

Partidos políticos

Es claro que los partidos políticos de inspiración regionalista son casi por propia definición el factor más negativo para el mantenimiento de la identidad española, incluso los que se presentan con más aspecto de respetabilidad. Ellos son los que buscan, exageran y, si es preciso, inventan el «hecho diferencial» de su particular región. Para los que practican la demagogia (y quien alguna vez no ha de adular al sentimentalismo de sus posibles electores, por muy de baja estofa que sea tal sentimentalismo), España es la culpable de todo cuanto malo ocurre en la región, responsable de todos los infortunios y, en lo que las leyes le permitan manifestarlo, lisa y llanamente el *enemigo natural* de la región. Por desgracia, la mayoría de las medidas de «normalización regional» han ido dirigidas más a suprimir lo español que a dar cauce de legítima expansión a las peculiaridades regionales.

Además, como los sentimientos regionalistas pueden tener tanta capacidad de arrastrar a la población —véase lo que está pasando en la URSS al concederse las primeras libertades: no están siendo otras ideologías las que se están enfrentando a su sistema político, sino una explosión de nacionalismos regionales, inexistentes desde Pedro el Grande—. Algunas ideologías los aprovechan en su exclusivo beneficio como medio de llegar al poder. Así que los casos extremos y claramente beligerantes de nacionalis-

mos, tienen una intención política netamente dirigida contra el sistema democrático y pluralista de España y contra lo dispuesto en su Constitución, sin otro contenido que el antiespañolismo.

En cuanto a los partidos políticos de implantación en toda la Nación española, su influencia es claramente positiva como corresponde a una oferta de proyecto de futuro y de pacífica convivencia nacional. La rivalidad entre ellos para llegar democráticamente al poder no tiene por qué tener, y de hecho en España no lo ha tenido, la identidad nacional como campo de diferencias.

Asociaciones culturales y deportivas

Las primeras, a decir verdad, arrastran una vida lánguida, y con muy poca influencia sobre los ciudadanos. Únicamente a nivel de barrio, o de clase cerrada —clubes— existen de manera privada, y siempre circunscritas a un municipio. Ya no se puede hablar de la influencia política de, por ejemplo, los «Ateneos», porque verdaderamente ya casi ni se puede hablar de influencia cultural.

Pero todo lo que le falta a las asociaciones culturales, les sobra a las asociaciones deportivas, concretamente a los clubes de fútbol. En los tiempos en que estaban reprimidas ciertas manifestaciones nacionalistas en las regiones, ya se decía del principal equipo de fútbol de una de ellas que «era algo más que un club». Con ello se intentaba capitalizar para el nacionalismo regional la enorme —a veces increíble— capacidad de convocatoria y de arrastre pasional de un club de fútbol.

Localmente, y sin recurrir a regionalismos, el equipo de fútbol es el mayor exponente de autoafirmación, de superioridad sobre otras localidades y cauce de sus sentimientos de rivalidad.

Sin embargo, estos aspectos negativos están bastante contrarrestados por una unión sentimental, muy aleatoria, de los ciudadanos de localidades medianas y pequeñas con uno de los cinco o seis clubes de fútbol más importantes de España. El Atlético de Bilbao *malgré lui*, no puede ser un equipo regional porque tiene quizás un millón o más de simpatizantes en toda España. Las competiciones europeas en las que participan esos grandes clubes o el equipo nacional también les une sentimentalmente con la masa de españoles para quien éstos les están representando en el extranjero.

Se puede concluir, pues que el efecto es en general positivo, ya que sus aspectos negativos han perdido virulencia al tener las manifestaciones regionalistas otros cauces por los que discurrir con más normalidad.

Folclore, festividades y conmemoraciones nacionales, regionales y locales

La fortaleza de la identidad nacional no está reñida con la variedad local y regional, sino que más bien es muchas veces un nexo de unión entre individuos de localidades y regiones distintas. Recordemos lo que una fiesta localista como «el Rocío» significa para toda Andalucía, y aún para España; o lo que significa la Virgen del Pilar en todo el territorio nacional, en principio conmemoración exclusivamente local.

Bien es verdad, que también puede servir como bandera de particularismos y aún de separatismos, como la Diada, fiestas de patronos en el País Vasco, los Comuneros en Castilla, etc., pero en general este aspecto no es demasiado relevante dentro de las actuaciones de los grupos independentistas.